



SANTÍSIMA TRINIDAD

“Bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Deuteronomio 4,32-34. 39-40; Romanos 8,14-17; Mateo 28,16-20

Concluido el Tiempo de Pascua se retorna al llamado “tiempo ordinario”. Pero en estos dos domingos se celebran sucesivamente dos Fiestas importantes: la Santísima Trinidad y el Corpus Christi.

La Fiesta de la Santísima Trinidad viene a ser como la condensación del misterio de Dios revelado en Jesucristo y celebrado en el acontecimiento de la Pascua. Dios, el Padre “tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo” y el Hijo, revelador del Padre: “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn. 14,9), completando su misión, promete y envía el Espíritu Santo: “reciban el Espíritu Santo” (Jn.20,22), que es don del Hijo y del Padre: “Cuando venga el Paráclito que yo les enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí” (Jn. 15, 26).

El misterio de Dios, revelándose en su acción salvífica a los seres humanos, no puede expresarse con plenitud y verdad en una sola palabra; desborda, sobrepasándolos, nuestros conceptos y palabras para decirlo. Pero Dios, en su amor entrañable a la humanidad, ha querido acercarse y comunicarnos, adaptándose a nuestras maneras humanas de entender, mediante algunas palabras/símbolos, la

* Ciclo B

posibilidad de formular una comprensión de su misterio y de su ser. Dios no quiere ser comprendido como un ser lejano, ausente, severo, arbitrario y castigador, Ha encontrado una palabra entrañable: “Padre”, que Jesús cargó aún de mayor ternura con su arameo “Abbá”, papá, haciéndonos sentir hijas e hijos muy amados. Pero ¿cómo hacémoslo entender, dada la tendencia de los humanos a separar, alejar y temer a los dioses? Humanizando su Palabra - “la Palabra, que era Dios... se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn. 1,1.14)-, haciéndose el Hijo uno de nosotros, nuestro hermano, “en todo semejante a sus hermanos” (Heb. 2,17). En Jesús, en su vida tan humana entre nosotros y entregada por nosotros, tenemos el mejor acceso al misterio de Dios, que nos invita a entrar en comunión con él. Eso es lo que propiamente significa “salvación”. El acercamiento de Dios en Jesús, el Hijo encarnado, conllevaba, por su mismo carácter histórico, una limitación en el tiempo y en el espacio. La invitación de Dios a la comunión con él como hijos e hijas tiene una pretensión universal en los tiempos y en los lugares. La presencia sutil y discreta de Dios es como una brisa, un aliento, que inspira e impulsa a acoger el amor que viene de Dios y a vivir en el amor que nos reconoce hijos del Padre y nos constituye hermanos. Ese “aliento” que viene de Dios, lo promete y envía Dios -ya desde la revelación del Primer Testamento- como su Espíritu. Jesús, el Hijo, encarnado, muerto y resucitado, lo envía sobre la comunidad de los discípulos reunida, para que quienes lo reciben sean testigos de este misterio del amor que Dios es.

Padre, Hijo, Espíritu Santo, no sólo son palabras para expresar la relación de Dios con nosotros, los seres humanos. De alguna manera nos introducen y nos permiten decir algo sobre el misterio mismo de Dios. No es un misterio de soledad impersonal, una especie de misterio del ser del mundo. Dios en su mismo ser, es amor, comunión y comunicación y, por eso mismo, amor que se comunica y entrega. Así lo formula la primera carta de Juan: “Dios es amor” y fuente de amor: “todo el que ama ha nacido de Dios” (4,7).

La lectura del evangelio retoma la última manifestación del Resucitado a los discípulos convocados en Galilea. Su presencia es la del Cristo glorificado: “Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra”. Sus palabras ya no miran a su reconocimiento por parte de los discípulos atemorizados. Directamente se dirigen al envío de ellos para anunciar el evangelio: “Vayan y hagan discípulos a todas las gentes”. Misión universal, ya no restringida a Israel. Apunta a configurar el nuevo pueblo de Dios, con un signo nuevo de iniciación: “bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. La formulación trinitaria probablemente deriva de la práctica litúrgica de las primeras comunidades. Y la expresión en el griego original induce a entenderlo -y así lo confirman muchos biblistas- como una “consagración” de la persona que se bautiza al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Consagrados al Dios que es amor para amar y vivir en comunión de fraternidad entre nosotros.

Esta misma referencia trinitaria la encontramos también en el final de la segunda carta de san Pablo a los Corintios: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sea con todos ustedes”. La retomamos como saludo al iniciar nuestras celebraciones eucarísticas para situar nuestra liturgia de acción de gracias en el centro del misterio de Dios.

El envío concluye con el mandato de enseñar a “guardar todo lo que yo les he mandado”. Dicho de otra manera, a vivir como discípulos el seguimiento de Jesús. Y para eso nos promete su presencia y compañía “hasta el fin del mundo”.

La segunda lectura, tomada de la carta de san Pablo a los Romanos, rezuma este sentido trinitario de la vida cristiana. El Espíritu, al que indistintamente se refiere el texto como “Espíritu de Cristo” (8,10) y “Espíritu de Dios” (8,14) es el que nos constituye “hijos de Dios”. Es el fin de la religión del temor y del miedo al Dios lejano y todopoderoso. Ese no es el Dios que Jesús nos mostró. “Ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!”. En la carta a los Gálatas Pablo ya lo había formulado escribiendo: “Como son hijos, Dios envió a sus corazones al Espíritu de su Hijo que clama: Abbá, Padre!” (Gal.4,6). De alguna manera hemos sido introducidos en el misterio mismo de Dios como hijos e hijas, lo que descubre profundidad teológica a nuestra vocación y práctica de la fraternidad.

El misterio de la Santísima Trinidad, entonces, no significa que Dios es incomprendible para los seres humanos. Es, más bien, la realidad que nos desborda y nos envuelve —“en él vivimos, nos movemos y existimos” (Hech. 17,28)-, que nos acoge y nos llama a vivir en comunión con él, a imagen de su Hijo, como hijos e hijas y, habitados por su Espíritu de amor, nos hace capaces de amarnos fraternalmente.

A la luz de todo lo que nos han descubierto el evangelio de Mateo y las cartas de Pablo, podemos volver a la primera lectura, del Deuteronomio, y preguntarnos si “¿hubo jamás desde un extremo al otro del cielo cosa tan grande como ésta? ¿Se oyó algo semejante?” La pregunta, en los tiempos antiguos y ahora, sería ésta: ¿en qué Dios creemos? ¿en qué Dios confiamos? ¿a qué Dios rezamos? ¿Si es un dios lejano, poderoso, castigador, que nos atemoriza o el Dios de Jesús, al que rezaba como su “Abbá” y nos enseñó a confiar en él como Padre, Dios amor y Dios de la vida, rezándole como “Padre Nuestro”, que vive en nosotros, nos acompaña y anima por su Espíritu Santo, nos reconoce hijas e hijos, con el mandamiento único de que nos amemos como él nos ama?

En el Padrenuestro Jesús nos enseñó a rezar: “santificado sea tu nombre”. Reconocer la santidad de Dios reclama no confundirlo con una fuerza que aplasta, ate-

moriza, infantiliza, ni con el poderoso dios Dinero, Poder, Egoísmo, que igualmente aplastan y matan la vida de los pobres y el amor fraterno. La Santísima Trinidad es la fiesta y el nombre de nuestro Dios. Por eso rezamos con la alabanza: “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”, recordando a la vez el dicho de san Ireneo, obispo y gran teólogo del siglo II: “Gloria Dei, vivens homo”, “la Gloria de Dios es que el hombre viva”, es decir que todo ser humano tenga una vida plena.